

Te invitamos a leer
las primeras páginas de este libro,
y las de todo nuestro catálogo.

Pero si te gusta leer en papel,
acá podés conseguir tu ejemplar.

COMPRAR LIBRO

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

y otros ensayos florales





M. Maeterlinck.

Maurice Maeterlinck

**LA INTELIGENCIA
DE LAS FLORES**

y otros ensayos florales



INTERZONA

INTERZONA

Maeterlinck, Maurice

La inteligencia de las flores : y otros ensayos florales / Maurice

Maeterlinck. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Interzona Editora, 2023.

160 p. ; 13 x 21 cm. - (Zona de traducciones)

Traducción de: Juan Bautista Enseñat.

ISBN 978-987-790-092-7

1. Ensayo. 2. Ensayo Literario. 3. Literatura Belga. I. Enseñat,

Juan Bautista, trad. II. Título.

CDD B843

en coedición con



L'Intelligence des fleurs fue publicado por primera vez en Francia, en 1907.

Les parfums fue publicado por primera vez en Francia, en 1907.

Fleurs des champs fue publicado por primera vez en Francia, en 1904.

Chrysanthème fue publicado por primera vez en Francia, en 1904.

Fleurs démodée fue publicado por primera vez en Francia, en 1904.

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición: Fátima Nieves García

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Corrección: Mónica Campos

Composición de tapa e interior: Natalia Brega

Proemio: Gustavo Wilches-Chaux

ISBN 978-987-790-092-7

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES





PROEMIO

La inteligencia de las flores es un libro pagano, en el mejor y más profundo y vital sentido de esa palabra, cuya etimología, del latín *pagus*, quiere decir “campo”.

Esta, al igual que otras de las obras de Mauricio Maeterlinck (1862-1949), un abogado belga que dejó de lado la profesión para dedicarse a la escritura, bien puede considerarse uno de los libros sagrados de ese nuevo paganismo panteísta que identifica a Dios con la Naturaleza, y que considera la inteligencia humana como una de las múltiples expresiones de una inteligencia difusa que también se expresa en otros seres y en otros procesos.

Y sí: la obra es “moralista”, como afirman algunos de sus estudiosos, por cuanto propone implícita y explícitamente una posición ética –incita a asumir un compromiso ético– frente al fenómeno de la vida, del cual también los seres humanos somos parte. Posiblemente no haya sido accidental que este libro se hubiera publicado por primera vez, en inglés, con el título *Life and Flowers* –“La vida y las flores”– que, en mi concepto, describe mejor que el original las pretensiones y los alcances del texto.

Hoy diríamos que ese nuevo paganismo es *deep ecology*: “ecología profunda” que precisamente busca la comprensión de la esencia de los procesos del cosmos y nuestra identificación con esos procesos, de lo cual se deriva necesariamente una ética de reverencia práctica hacia la vida en todas sus escalas, manifestaciones y formas.

No en vano los críticos definen la obra de Maeterlinck como una fusión de misticismo y simbolismo, en la cual “describe objetos inanimados, bosques, cuerpos de agua, cavernas, castillos o piedras preciosas, pero de las cosas vivas ve fundamentalmente el alma, mientras los cuerpos se convierten en realidades nebulosas” que de alguna manera constituyen condensaciones –diría yo– de lo que este autor denomina “lógica de la vida”.

Las comillas anteriores corresponden a un extenso ensayo del inglés Edward Thomas –publicado en Londres en 1911, cuatro años después de que apareció *L'intelligence des fleurs* y tres antes de que Montaner y Simón publicaran en Barcelona la edición que hoy tengo en mis manos, que me regaló mi abuelo cuando yo debía tener quince años, de la que tomo prestado el título de esta nota introductoria–, ensayo en el que afirma el autor que el objetivo de Maeterlinck es “reconciliar la ciencia con la poesía, una reconciliación que durante muchos años hemos discutido, avizorado, cuestionado y deseado”¹.

Dice también Thomas que “Maeterlinck es el primer ‘místico’ en aparecer en la era de la ciencia; y de verdad que es el más importante en la medida en que verdaderamente pertenece a esa era”.

Quizás uno de los más contundentes ejemplos contemporáneos que tenemos a mano, de esa expresión poética y mística del conocimiento científico, es el *Cántico cósmico* de Ernesto Cardenal, que extiende su exploración de esa misma “inteligencia natural”, de ese “genio universal” –“el nombre poco importa”, dice Maeterlinck– hasta los mundos de los *quarks* y las remotas galaxias, aunque sin descuidar la escala macro que compartimos los humanos con los élitros de las libélulas y con las flores.

Lo cierto es que Maurice Maeterlinck describe, en un lenguaje deliberadamente poético, una cantidad enorme de conceptos y procesos que las ciencias naturales conocen y también explican

1. <http://www.kellscraft.com/maeterlinckbiocontent.html>

con sus propias palabras. Si los ortodoxos se molestan por la antropización de esos conceptos, que nos acepten por lo menos que la poética de Maeterlinck está compuesta por metáforas afortunadas y funcionales, que nos permiten a los legos entender y aprehender los fundamentos de esa “mecánica floral que funciona desde hace millares de años”, e identificarnos vitalmente con ella.

Más aún: nos permiten hacerlo sensorial y, si se quiere, sensualmente, logro que rara vez alcanza la fría y distante “objetividad” de las especializaciones y de los lenguajes científicos. A través de esas metáforas sentimos que nosotros también somos expresiones tangibles de los procesos de la vida.

Y agrega: “No es posible pretender que todo esto no son más que interpretaciones más o menos románticas; no, los hechos son de observación precisa y científica, y es imposible explicar de otra manera la utilidad y la disposición de los distintos órganos de la flor (...) Las flores precedieron a los insectos en la Tierra; por consiguiente, cuando aparecieron estos, aquellas tuvieron que adaptar a las costumbres de esos colaboradores imprevistos toda una maquinaria nueva”.

Ese paganismo panteísta, que a su vez es también un profundo humanismo, está presente o subyace en muchísimos socialistas utópicos, como Robert Owen, Charles Fourier y Pierre Lerroux, al que algunos biógrafos presentan como “anarquista cristiano”, mientras otros afirman que “expuso su teoría de un deísmo racional para reemplazar a las religiones cristianas”.

Maeterlinck encarna ese humanismo cuando afirma que el hombre es “el ser por quien pasan y en quien se manifiestan más intensamente las grandes voluntades, los grandes deseos del universo”. Y Lerroux lo extiende a la búsqueda de “soluciones prácticas” para problemas que si bien ya se avizoraban en el siglo XIX, en el XX han alcanzado una gravedad más que dramática. Decía Lerroux, por ejemplo, que “el hombre está en posición

de satisfacer sus necesidades cuando hace sus necesidades (...) porque es imposible pensar que Dios haya podido crear un ser que no fuese en absoluto reproductor de su subsistencia por el efecto útil de sus secreciones para otros seres”.

Claro: ni Lerroux ni Maeterlinck hablan de “dioses inaccesibles, sino de voluntades veladas y fraternales”. Si hubieran hablado “colombiano”, para ellos, Yahvé habría sido “yavería”.

Así como, con una buena dosis de sarcasmo hacia la ignorancia de la naturaleza que ostentamos los seres urbanos, afirma Maurice Maeterlinck que “no hay nadie, por poco rústico que sea, que no conozca la buena salvia”, así mismo podemos afirmar que no hay nadie, “por poco rústico que sea”, que no resulte tocado y atraído por esas metáforas, y que no perciba –aunque sea– una mínima resonancia con la inteligencia de las flores.

Por ejemplo, a las que en un texto de biología aparecerían como “estrategias adaptativas”, las llama “las razones de la planta” o “invenciones curiosas del genio de la flor”; o para referirse al concepto de “coevolución” que denota la evolución conjunta entre los seres vivos y su entorno –y en este caso particular entre los insectos y las plantas, esos “seres nerviosos”–, tras explicar la morfología de una orquídea, afirma Maeterlinck que se trata de una flor “que conoce y explota las pasiones de los insectos”.

En momentos como el actual, cuando las dinámicas de la Tierra hacen cada día más evidente el efecto de las decisiones políticas sobre procesos como el clima, y más específicamente como el calentamiento global –cuyo análisis hubiera pertenecido antes de manera exclusiva a las ciencias naturales–, y cuando los estudios científicos y los avances tecnológicos tienen cada día más implicaciones políticas, casi que se vuelve obligatorio volver al pensamiento de contemporáneos de Maeterlinck, como el geógrafo francés Eliseo Reclus (1830-1905) o como el también geógrafo príncipe Kropotkin (1842-1921) o, más atrás, como el

varón Alexander von Humboldt (1769-1859), para quienes simplemente resultaba inconcebible separar la naturaleza de los seres humanos que formamos parte de ella.

La geografía como metáfora de la libertad, el título de una recopilación de escritos de Reclus publicado a finales de la década pasadaz, resume de manera perfecta la esencia de ese pensamiento que también se reconoce a sí mismo como “geografía radical” o “geografía anarquista”. ¡Cómo hubieran gozado con Google Earth estos geógrafos libertarios del siglo xix!

La excelente iniciativa de Santiago Mutis de iniciar con *La inteligencia de las flores* esta colección, me exonera de la tentación de transcribir más apartes de esta obra, en cada una de cuyas páginas, en palabras de Edward Thomas que develan la fractalidad de la misma, “se encuentra alguna frase capaz de sugerir todo el libro”.

Me tomo, entonces, el espacio que queda, para recordar que Alfredo Bryce Echenique relata en el primer tomo de sus *Antimemorias* que, habiendo querido hacer su tesis para obtener el título de doctor en letras sobre el autor de un libro que desde París recordaba haber visto cuando niño en el escritorio de su abuelo, adelantó una exhaustiva investigación y posterior disertación sobre Henry de Montherlant –un “cavernario, un canalla y un misógino”, según comentario que le hiciera Vargas Llosa–, para darse cuenta años después de que realmente el escritor favorito de su abuelo era Mauricio Maeterlinck y no ese otro.

En una entrevista con la periodista Cecilia Valenzuela sobre ese episodio, dice Bryce: “yo amaba a mi abuelo, que había fallecido, y leer los libros que él leía es una forma de revivirlo”.

2. Daniel Hiernaux-Nicolás. *La geografía como metáfora de la libertad. Textos de Eliseo Reclus*, Centro de Investigaciones Científicas Tamayo/Plaza y Valdés Editores, México, 1999.

Pues bueno: yo conté al principio que la edición de *La inteligencia de las flores* que volví a leer para escribir este Proemio, fue un regalo de mi abuelo materno cuando yo tenía por ahí unos quince años. Yo no la había vuelto a abrir desde ese entonces, a pesar de que la he cargado conmigo en múltiples trasteos.

Ahora, releeyéndola, me doy cuenta de que si yo soy como soy –o si veo el mundo tal como lo veo..., que viene a ser más o menos lo mismo– en gran medida se debe a que ese libro cayó a mis manos en esa edad cuando todavía está blandito ese barro de que estamos amasados los seres humanos. El mismo que, en palabras de Maeterlinck, hace que “estemos bien en nuestro lugar y en nuestra casa en este universo amasado con sustancias desconocidas; pero cuyo pensamiento es, no impenetrable y hostil, sino análogo o conforme al nuestro”.

De ese pensamiento está hecha *La inteligencia de las flores*.

GUSTAVO WILCHES-CHAUX

Lima-Bogotá, diciembre de 2006





LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

I

Quiero simplemente recordar aquí algunos hechos conocidos de todos los botánicos. No he realizado ningún descubrimiento, y mi modesta aportación se reduce a algunas observaciones elementales. No tengo, inútil es decirlo, la intención de pasar revista a todas las pruebas de inteligencia que nos dan las plantas. Estas pruebas son innumerables, continuas, sobre todo entre las flores, en las que se concentra el esfuerzo de la vida vegetal hacia la luz y hacia el espíritu.

Si se encuentran plantas y flores torpes o desgraciadas, no las hay que se hallen enteramente desprovistas de sabiduría y de ingeniosidad. Todas se aplican al cumplimiento de su obra; todas tienen la magnífica ambición de invadir y conquistar la superficie del globo multiplicando en él hasta el infinito la forma de existencia que representan. Para llegar a ese fin, tienen que vencer, a causa de la ley que las encadena al suelo, dificultades mucho mayores que las que se oponen a la multiplicación de los animales. Así es que la mayor parte de ellas recurren a astucias y combinaciones, a asechanzas que, en punto a balística, aviación y observación de los insectos, por ejemplo, precedieron con frecuencia a las invenciones y a los conocimientos del hombre.



II

Sería superfluo trazar el cuadro de los grandes sistemas de la fecundación floral: el juego de los estambres y del pistilo, la seducción de los perfumes, la atracción de los colores armoniosos y brillantes, la elaboración del néctar, absolutamente inútil para la flor y que esta no fabrica sino para atraer y retener al libertador extraño, al mensajero de amor, abejorro, abeja, mosca, mariposa o falena que debe traerle el beso del amante lejano, invisible...

Ese mundo vegetal que vemos tan tranquilo, tan resignado, en que todo parece aceptación, silencio, obediencia, recogimiento, es por el contrario aquel en que la rebelión contra el destino es la más vehemente y la más obstinada. El órgano esencial, el órgano nutricional de la planta, su raíz, la sujeta indisolublemente al suelo. Si es difícil descubrir, entre las grandes leyes que nos agobian, la que más pesa sobre nuestros hombros, respecto a la planta no hay duda: es la que la condena a la inmovilidad desde que nace hasta que muere. Así es que sabe mejor que nosotros, que disperbamos nuestros esfuerzos, contra qué rebelarse ante todo. Y la energía de su idea fija, que sube de las tinieblas de sus raíces para organizarse y manifestarse en la luz de su flor, es un espectáculo incomparable. Tiende toda entera a un mismo fin: escapar por arriba a la fatalidad de abajo; eludir, quebrantar la pesada y sombría ley, libertarse, romper la estrecha esfera, inventar o invocar alas, evadirse lo más lejos posible, vencer el espacio en que el destino la encierra, acercarse a otro reino, penetrar en un mundo moviente y animado. ¿No es tan sorprendente que lo consiga, como si nosotros lográsemos vivir fuera del tiempo que otro destino nos señala, o introducirnos en un universo eximido de

las leyes más pesadas de la materia? Veremos que la flor da al hombre un prodigioso ejemplo de insumisión, de valor, de perseverancia y de ingeniosidad. Si hubiésemos desplegado en levantar diversas necesidades que nos abruman, por ejemplo las del dolor, de la vejez y de la muerte, la mitad de la energía que ha desplegado tal o cual pequeña flor de nuestros jardines, es de creer que nuestra suerte sería muy diferente de lo que es.



III

Esa necesidad de movimiento, ese apetito de espacio, en la mayor parte de las plantas, se manifiesta a la vez en la flor y en el fruto. Se explica fácilmente en el fruto; o, en todo caso, no revela en él más que una experiencia, una previsión menos compleja. Al revés de lo que sucede en el reino animal, y a causa de la terrible ley de inmovilidad absoluta, el primero y el peor enemigo de la semilla es el tronco paterno. Nos encontramos en un mundo extraño, en que los padres, incapaces de cambiar de sitio, saben que están condenados a matar de hambre o a ahogar a sus vástagos. Toda semilla que cae al pie del árbol o de la planta es perdida o germinará en la miseria. De ahí el inmenso esfuerzo para sacudir el yugo y conquistar el espacio. De ahí los maravillosos sistemas de diseminación, de propulsión, de aviación, que en todas partes encontramos en el bosque y en el llano, entre ellos, por no citar de paso más que algunos de los más curiosos: la hélice aérea o sámara del arce, la fráctea del tilo, la máquina de cernirse del cardo, del amargón y del salsifí; los resortes explosivos del euforbio, la extraordinaria pera surtidora de la momórdiga; y mil otros mecanismos inesperados y asombrosos, pues puede decirse que no hay semilla que no haya inventado algún procedimiento particular para evadirse de la sombra materna.

El que no haya practicado un poco la botánica no puede creer el gasto de imaginación y de ingenio que se hace en esa verdura que regocija nuestros ojos. Mirad, por ejemplo, la bonita olla de semilla de la anagálide roja, las cinco válvulas de la balsamina, las cinco cápsulas con disparador del geranio, etcétera. No dejéis de examinar, si tenéis ocasión de hacerlo, la vulgar cabeza de

adormidera que se encuentra en todas las herboristerías. Hay en esa buena cabeza una prudencia y una previsión digna de los mayores elogios. Se sabe que encierra millares de semillitas negras sumamente pequeñas. Se trata de diseminar esa semilla lo más hábilmente y lo más lejos posible. Si la cápsula que la contiene se agrietase, cayese o se abriese por debajo, el precioso polvo negro no formaría más que un montón inútil al pie del tallo. Pero no puede salir sino por aberturas practicadas encima de la cáscara. Esta, una vez madura, se inclina sobre su pedúnculo, “inciensa” al menor soplo de aire y siembra, literalmente, con el gesto mismo del sembrador, la semilla en el espacio.

¿Hablaré de las semillas que prevén su diseminación por los pájaros y que, para tentarlos, se acurrucan, como el muérdago, el enebro, el serbal, etcétera, en el fondo de un envoltorio azucarado? Hay ahí tal razonamiento, tal inteligencia de las causas finales, que no se atreve uno a insistir por temor de renovar los cándidos errores de Bernardino de Saint-Pierre. Sin embargo, los hechos no se explican de otra manera. El envoltorio azucarado es tan inútil para la semilla como el néctar, que atrae a las abejas, lo es para la flor. El pájaro se come el fruto porque es dulce y se traga al mismo tiempo la semilla, *que es indigestible*. El pájaro vuela y devuelve poco después, tal como la recibió, la semilla desembarazada de su vaina y dispuesta a germinar lejos de los peligros del lugar natal.

IV

Pero volvamos a combinaciones más sencillas. Tomad, al borde del camino, una brizna de cualquier mata de hierba, y sorprenderéis en su trabajo a una pequeña inteligencia independiente, incansable, imprevista. He aquí dos pobres plantas trepadoras que habéis encontrado mil veces en vuestros paseos, porque se las encuentra en todas partes y hasta en los rincones más ingratos en que se ha extraviado una mota de humus. Son dos variedades de alfalfas (*Medicago*) silvestres, dos malas hierbas en el sentido más modesto de la palabra. La una tiene una flor rojiza, la otra una borlita amarilla del grueso de un guisante. Al verlas escurrirse con disimulo por entre el césped y las orgullosas gramíneas, nadie sospecharía que muchos, antes que el ilustre geómetra y físico de Siracusa, descubrieron y trataron de aplicar no a la elevación de los líquidos, sino a la aviación, las asombrosas propiedades del tornillo de Arquímedes. Alojjan, pues, sus semillas en ligeras espirales, de tres o cuatro revoluciones, admirablemente construidas, contando hacer de este modo más lenta su caída y, por consiguiente, prolongar con la ayuda del viento su viaje aéreo. Una de ellas, la amarilla, hasta ha perfeccionado el aparato de la roja guarneciéndolo los bordes de la espiral de una doble hilera de puntas, con la intención evidente de engancharla al paso, ya a la ropa de los transeúntes, ya a la lana de los animales. Claro es que espera unir las ventajas de la eriofilia, es decir de la diseminación de las semillas por medio de los carneros, cabras, conejos, etcétera, a las de la anemofilia o diseminación por medio del viento.

Lo más sensible, en todo ese grande esfuerzo, es que es inútil. Las pobres alfalfas rojas y amarillas se equivocaron. Sus notables

tornillos no les sirven para nada. No podrían funcionar sino cayendo de cierta altura, de la cima de un árbol o de una alta gramínea; pero, construidas al nivel de una hierba, apenas han dado un cuarto de vuelta cuando ya tocan al suelo. Tenemos aquí un curioso ejemplo de los errores, de los tanteos, de las experiencias y de los pequeños desengaños, bastante frecuentes, de la naturaleza: porque es preciso no haberla estudiado mucho para afirmar que la naturaleza no se equivoca nunca.

Observemos, de paso, que otras variedades de alfalfas, sin hablar del trébol, otra leguminosa amariposada que casi se confunde con esta de la que nos ocupamos aquí, no han adoptado esos aparatos de aviación, se atienen al método primitivo de la vaina. En una de ellas, la *Medicago aurantiaca*, se observa claramente la transición de la vaina torcida a la hélice. Otra variedad, la *Medicago scutellata*, redondea esa hélice en forma de bola, etcétera. Parece pues que asistamos al apasionante espectáculo de una especie en trabajo de invención, a los ensayos de una familia que aún no ha fijado su destino y busca la mejor manera de asegurar el porvenir. Debió ser en el curso de esa indagación cuando la alfalfa amarilla, desengañada de la espiral, le añadió las puntas, diciendo, no sin razón, que, puesto que su follaje atrae a las ovejas, es inevitable y justo que estas asuman el cuidado de su descendencia. ¿Y no es merced a ese nuevo esfuerzo y a esa buena idea como la alfalfa de flores amarillas se halla más diseminada que su robusta prima de flores rojas?

V

No es solamente en la semilla o en la flor, sino en la planta entera, tallo, hojas y raíces, donde se descubren, si quiere uno inclinarse un instante sobre su humilde trabajo, numerosas huellas de una inteligencia perspicaz. Recordad los magníficos esfuerzos hacia la luz de las ramas contrariadas, o la ingeniosa y valiente lucha de los árboles en peligro. Yo no olvidaré nunca el admirable ejemplo de heroísmo que me daba el otro día, en Provenza, en las agrestes y deliciosas gargantas del Lobo, embalsamadas de violetas, un enorme laurel centenario. Se leía fácilmente en su tronco atormentado y por decirlo así convulsivo todo el drama de su vida tenaz y difícil. Un pájaro o el viento, dueños de los destinos, había llevado la semilla al flanco de una roca que caía perpendicularmente como una cortina de hierro; y el árbol había nacido allí, a doscientos metros sobre el torrente, inaccesible y solitario, entre las piedras ardientes y estériles. Desde las primeras horas, había enviado las ciegas raíces a la larga y penosa busca del agua precaria y del humus. Pero eso no era más que el cuidado hereditario de una especie que conoce la aridez del Mediodía. El joven tronco tenía que resolver un problema mucho más grave y más inesperado: partía de un plano vertical, de modo que su cima, en vez de subir hacia el cielo, se inclinaba sobre el abismo. Había sido pues necesario, a pesar del creciente peso de las ramas, corregir el primer impulso, acodillar, tenazmente, ras con ras de la roca, el tronco desconcertado, y mantener así –como un nadador que hecha atrás la cabeza– con una voluntad, una tensión y una contracción incesantes, derecha y erguida en el aire, la pesada y frondosa corona de hojas.

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en interzonaeditora.com
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA